

# CARTAS DE BARSANUFIO Y JUAN AL MONJE JUAN DE BEERSHEBA<sup>1</sup>

## Introducción<sup>2</sup>

Las *Cartas* de Barsanufio al monje Juan de Beersheba juegan un papel muy importante y estratégico en el conjunto de las 850 cartas<sup>3</sup>. Y tal vez por ello figuran en primer lugar, ocupando los números 1-54. En el número anterior de esta revista hemos hecho un análisis retórico de la 1ª carta para mostrar cómo las cartas son, para estos monjes, una prolongación de las divinas Escrituras, y el proceso de preguntar y escribir sobre la vida espiritual goza de una asistencia especial del Espíritu Santo, dando al texto un contenido universal y salvífico para quien quiera que las medite, por eso Barsanufio no duda en decirle a Juan de Beersheba en la *Carta* 11 y varias otras:

Salomón dijo de sus padres: “*Ellos me enseñaban y me decían: Retén nuestras palabras ancladas en tu corazón*” (Pr 4,4). Igualmente, también yo, hermano, te digo: “Que mis palabras permanezcan ancladas en tu corazón y medites sin descanso las cosas que te he escrito de acuerdo con lo que Dios dijo por boca de Moisés: “*Las atarás a tu mano derecha como una señal y quedarán constantemente fijas ante tus ojos. Medítalas al acostarte y al levantarte, en el viaje o en tu casa*” (Dt 6,6-8). Muéstralas en el cumplimiento de tus obras y Dios estará contigo para siempre. Amén.

<sup>1</sup> Introducción, traducción y notas del P. Fernando Rivas, osb, Abad del Monasterio San Benito de Luján (Argentina).

<sup>2</sup> PERRONE, L., *Eis ton tês esujías liména. Le lettere a Giovanni di Beersheva nella corrispondenza di Barsanufio e Giovanni di Gaza*, en *Mémorial Dom Jean Gribomont (1920-1986)*, Roma, Institutum Patristicum Agustinianum, 1988, 463-486. Cfr. PARRINELLO, R. M., *Comunità monastiche a Gaza, da Isaia a Doroteo (secoli IV-VI)*, Roma 2010, 148.

<sup>3</sup> CHRYSAVGIS, J., *Aspects of Spiritual Direction: the Palestinian Tradition*, en *The Sixth Century: End or Beginning*, ed. por Pauline ALLEN – Elizabeth JEFFREYS, Sidney 1996, 126-130.

Por eso la enseñanza de estas primeras cartas sostiene el conjunto de las restantes 800. Estas 54 cartas a Juan de Beersheba pueden dividirse en tres grupos:

1º) *Cartas 1-22*: Barsanufio le ofrece a Juan una acogida muy fraternal, al punto que le da su cogulla y lo invita a venir a la quietud perfecta y a la delicia de la vida en común con los hermanos, aunque sabe que Juan generará no pocos problemas. Por eso le anuncia que deberá soportar muchas tribulaciones. Y el motivo se hace muy claro: Juan es una persona hipersensible, inestable interiormente y quejosa. Continuamente genera conflictos entre los hermanos con sus reproches e incluso enfrenta y humilla al Abad Seridos. Sin embargo Barsanufio le responde siempre con suma paciencia y tolerancia (aún cuando lo corrige con firmeza), cosa que no sucede con otros interlocutores a lo largo de sus escritos. Se hace manifiesto que este Juan juega un rol importante dentro de la comunidad, con los que lo buscan y los que lo rechazan, y esto, de algún modo, asusta a Juan, pero Barsanufio lo convence de que es para el bien y la salvación de los hermanos.

2º) *Cartas 23-35*: Juan, agotado por los vaivenes de la vida y problemas cotidianos, pide a Barsanufio una regla fija de vida, pero Barsanufio rechaza hacerlo y lo educa en el discernimiento personal de lo que corresponde a cada momento. Aquí aparece un tema fundamental que desarrollará en varias cartas: la conciencia. La importancia de esta doctrina en Barsanufio se verá reflejada en la *Conferencia 3* de Doroteo, quien habla de ella como una chispa divina en el interior del hombre y como la “ley natural” que ha sido restaurada por Cristo, pero que el pecado tiende siempre a entenebrecer. Barsanufio educa en esa conciencia y en el discernimiento a Juan, que tendrá que saber afirmarse en sí mismo y afirmar a sus hermanos en la vida monástica, así como reconocer la voluntad de Dios en cada circunstancia.

3º) *Cartas 36-54*: Barsanufio revela a Juan que ya puede ir a vivir solo, y le deja un consejo muy revelador acerca del carácter de las cartas que estamos publicando: la meditación continua de las cartas será fuente de su salvación y, tal vez por ello, deja de escribirle y contestarle.

Un último detalle para esta Introducción: ¿quién es este Juan de Beersheba?. En efecto, la importancia del grupo de cartas que le fueron dirigidas hace pensar en alguien especial que se ha hecho merecedor de la atención particular de Barsanufio. Y por ello se ha pensado que no es otro que

Juan, el Profeta, quien pasará a ser su compañero de reclusión<sup>4</sup>; sin embargo esta hipótesis, si bien se apoya en ciertas observaciones reales, no permite cerrar todo el resto de objeciones que se han opuesto a esta asimilación e identificación. Se trata, en verdad, de un personaje controvertido, que goza de una gran simpatía por parte de Barsanufio y que se integra al grupo de monjes del monasterio de Séridos, sin dejar una traza en la historia como sucederá después con Dositeo y Doroteo.

## TEXTO

1. *Respuesta del Anciano Mayor (Barsanufio), al abad Juan de Beersheba, quien le había pedido vivir con ellos en el monasterio (del abad Séridos):*

Ha escrito el Apóstol: “*Quien inició en vosotros la buena obra la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús*” (Flp 1,6). Por otra parte nuestro Maestro (Señor) dice a aquel que se le presenta: “*Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes y más aún a su familia, y aún más, si no odia a su propia alma, no puede ser mi discípulo*” (Lc 14,33 y 26). Ciertamente es posible para Dios hacer realidad en nosotros estas palabras: “*¡Mirad! ¡Qué mejor, que más dulce que el habitar entre hermanos todos juntos!*” (Sal 132,1). Ruego porque alcances la dimensión descrita en los Hechos: “*Todos aquellos que poseían bienes los vendían y los ponían a los pies de los apóstoles*” (Hch 4,34-35). En cuanto a mí, sabiendo que tu determinación responde a Dios, he dicho a nuestro bien amado hijo Séridos –aquel que, después de Dios, nos protege de los hombres, porque confiamos que Dios te protegerá también a ti, como a nosotros–: “*Recibe al hermano Juan con mucha caridad, sin ninguna vacilación; porque hace dos años Dios me ha revelado que vendría aquí y que muchos hermanos se juntarían con nosotros. Y he guardado esta revelación hasta saber exactamente cómo haría el Señor. Pues ahora que el momento ha llegado, os lo revelo*”. Y habiéndome ocurrido ofrecerte algo de la vestimenta que uso, aquí entrego al hermano mi capucha sacándola de mi cabeza y te la envío por su intermedio, diciéndole: “*Entrégueñsela y traedme otra en su lugar*”. Guárdala, pues, hasta tu muerte; ella te protegerá contra muchos males y tentaciones; no la des a nadie, porque es un regalo de Dios que tú recibes de mis manos. Apúrate en acabar tu obra, despréndete de todo asunto como nosotros nos hemos desprendido, para descansar en Dios sin preocupaciones.

<sup>4</sup> HEVELONE-HARPER, J. L., *Disciples of the Desert. Monks, Laity and Spiritual Authority in Sixth/Century Gaza*, Baltimore-London 2005, 38-44.

—Y yo, Séridos, voy a decirte una cosa admirable: Mientras que el Anciano decía esto, yo me decía a mí mismo: “¿Cómo puedo retener esto para escribirlo? Si el Anciano consintiera traería aquí tinta y papel para escribir cada una de las palabras apenas las oyese”. Pero él percibió mi pensamiento, un fuego iluminó su semblante, y me dijo: “Ve, y escribe sin temor; porque aún cuando yo te dictara miles de palabras, es el Espíritu de Dios quien no permitiría que escribas una sola letra de más o de menos, aún involuntariamente; él guiará tu mano para que tú las escribas ordenadamente”.

**2. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, prediciéndole diversas tribulaciones y una enfermedad corporal que le sobrevendría, así como el progreso que de ello obtendría su alma:**

Di al hermano Juan: Fortalece tu corazón como una roca sólida (1 R 2,1; Is 50,7); te hablo de roca espiritual para poder comprender lo que voy a decir. Cuídate a ti mismo para que luego de haber escuchado no te envanezcas en tu corazón y decaigas en tu promesa espiritual, porque ese envanecimiento ha perdido a muchos, e incluso a aquellos que habían alcanzado la perfección, sino más bien disponte a rendir gracias en todo, habiendo escuchado al santo Apóstol decir: “*En todo dad gracias*” (1 Ts 5,18). Así “*ya sea en las tribulaciones, las aflicciones o las angustias*” (2 Co 6,4), ya sea en las enfermedades y penurias corporales, en todo lo que sobrevenga, da gracias a Dios.

En efecto, tengo la esperanza de que tú debes también “*entrar en su descanso*” (Hb 4,1), porque “*es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*” (Hch 14,22). No tengas duda alguna en tu alma y no destruya en nada a tu corazón, sino que recuerda la palabra del Apóstol: “*Si nuestro hombre exterior se desmorona, el hombre interior, al contrario, se va renovando de día en día*” (2 Co 4, 16). Luego, si no soportas las pruebas, no podrás caminar con la cruz; pero si soportas desde el comienzo las pruebas, entrarás al puerto de su descanso y vivirás desde entonces en la paz, con un gran desprendimiento de toda preocupación, firme tu alma y unida a Dios a través de todo, alerta en la fe, alegre en la esperanza, exultante en la caridad, protegida dentro de la Santa y consubstancial Trinidad. Entonces se cumplirá para ti la palabra: “*que los cielos se alegren y se regocije la tierra*” (Sal 95,11). Tal es, en efecto, la vida sin preocupaciones del hombre de Dios, porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo se alegran de la salvación de tu alma, hermano bienamado.

**3. Respuesta del Otro Anciano (Juan, llamado el Profeta) al mismo, que le pedía una entrevista:**

Di al hermano: Perdón en el Señor, deseo verte, pero por escrúpulo

respecto de los demás, no me encuentro con la libertad de hacerlo. Me regocijo en tu caridad por las promesas que te ha dirigido el Santo Anciano: ¡Bienaventurado tú que las has recibido!

*4. Una prueba había surgido entre los monjes del lugar donde vivía el Abad Juan antes de venir al monasterio y una perturbación iba a producirse mientras aún permanecía allí. Habiendo previsto esto en su espíritu, el Gran Anciano le escribió ésto:*

Escribe al hermano Juan: Aquí te envío tres testimonios del poder de Dios y de las Escrituras del Espíritu Santo, por los cuales yo exhorto a tu espíritu a permanecer atento a Dios y al pensamiento del Espíritu Santo, a fin de que disciernas lo que es oportuno actualmente. El primer testimonio es éste: Dios dice por el santo profeta Isaías: “*Vete, pueblo mío, entra en tus cámaras, cierra un poco tu puerta tras de ti y escóndete por un instante, hasta que pase la ira del Señor*” (Is 26,20). Y aquí el segundo testimonio: “*Salid de entre ellos, apartaos, no toquéis cosas impuras, dice el Señor, y yo os acogeré. Yo seré para vosotros padre y vosotros seréis mis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso*” (2 Co 6,17-18). Tercer testimonio: “*Mirad cómo vivís, no como insensatos sino como prudentes, aprovechando el tiempo, porque los días son malos*” (Ef 5,15-16). Y yo te digo: Corre hacia la meta que te ha sido propuesta y realiza lo tuyo rápidamente, recordando la palabra del Señor: “*Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios*” (Lc 9,62) y agrega: “*deja que los muertos entierren a sus muertos y tú vete a anunciar el Reino de Dios*” (Lc 9,60). Porque tengo en la mira tu vida de quietud, aquella que te espera en Cristo Jesús nuestro Señor. A Él la gloria por los siglos.

*5. Respuesta del mismo Gran Anciano al Abad (Séridos), quien se ape-  
naba de que el Abad Juan se demorase en venir y deducía que no vendría.*

Hijo: No te desanimes, ni te entristezcas respecto de nuestro hermano. Porque sólo está ausente en su cuerpo, pero está presente en su espíritu (1 Co 5,3), está con nosotros sin cesar. En efecto, espiritualmente somos uno con él y nadie lo separara de nuestra caridad, desde este preciso instante hasta la eternidad.

*6. Carta del mismo Gran Anciano escrita al mismo Abad Juan, quien realizaba en su país algunos asuntos para el monasterio y era presa de un combate corporal.*

Escribe al hermano: Tú estás todavía fuera, pero ocupándote tanto como puedes de Dios y de las almas de los hermanos, o más bien del descanso

y la quietud nuestra y la tuya; porque así como los hermanos están en reposo y protegidos por nosotros, también nosotros, gracias a ellos, encontramos la quietud perfecta, y en nosotros encuentra cumplimiento la palabra de la Escritura: *“El hermano ayudado por su hermano es como una plaza fuerte rodeada de murallas”* (Pr 18,19). Suprime toda relación y pretexto que tengas mientras permanezcas todavía fuera y no permitas que un pretexto o relación con alguien te detenga. Si no, no gozaras de la quietud perfecta. Así es como lo hemos hecho todos nosotros. Entonces, si actúas de esta manera, tengo la esperanza de que vivirás en la paz. Y, en efecto, gracias a Dios, tu destino está asociado al nuestro y la parte que te corresponde es realizarlo con nosotros por siempre.

Que nadie sepa por el momento lo que te he escrito. Prosiguiendo en tu trabajo, si a tu parecer todo anda bien, da gracias a Dios y ora. Porque de eso se trata: *“En todo, dad gracias a Dios”* (1 Ts 5,18). No descuidemos dar gracias a Dios y no hagamos lo de aquel de quien relataste alguna vez la historia: Él iba a orar a la iglesia para obtener qué comer y se encontró, por casualidad, con alguien que le dijo: *“almuerza hoy conmigo y luego irás a rezar”*. *“No iré –le contestó– porque eso es lo que le iba a pedir a Dios”*.

Pero nosotros, así lo obtengamos o no, demos a Dios la oración y la acción de gracias. Cuida también de llevar siempre *“en tu cuerpo la mortificación de Jesús”* (2 Co 4,10).

*7. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo que debía ir con los hermanos a buscar un trabajo y temía los lugares desérticos. Le encomienda estar alerta en el combate corporal que le atormenta y le promete la asistencia de Dios en esta salida realizada con celo para con ellos.*

Di a quien ha sido llamado por una señal celeste y divina a vivir con nosotros, no sólo en el siglo presente sino también en el futuro, a nuestro verdadero hermano Juan, que es todo uno con nosotros: Cristo, nuestro Maestro dijo a sus discípulos: *“¿No se venden dos pajaritos por nada? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de mi Padre que está en los cielos. En cuanto a vosotros, los cabellos de vuestras cabezas están contados. No teman entonces: ustedes valen mucho más que los pajarillos. Quien se declare por mí, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos”* (Mt 10,29-32). Cuida entonces con atención de poner a Dios ante ti, a fin de que se cumpla para ti la palabra profética: *“Yo veía constantemente al señor ante mí, porque El está a mi diestra para que no vacile”* (Sal 15,8). Con toda tu alma extiende las manos hacia las cosas que te son propuestas y hazlas objeto de tu meditación constante, a fin de escuchar decir a la voz del Señor: *“He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti, que preparará tu camino por delante de ti”* (Mt 11,10; 3,1).

**8.** *El mismo se quejaba de sentirse absolutamente destruido de fatiga sin haber encontrado trabajo y se asombraba de que el ángel no hubiese sido enviado a socorrerlo, conforme a la palabra del Anciano, porque no sabía que esto le había sido dicho para hacerle más fácil la salida. Y es por esto que el Anciano le escribió:*

Escribe al hermano: Mientras que la nave está en el mar, está expuesta al peligro y la acometida de los vientos. Pero desde su arribo al puerto de la quietud y de la paz, ya no hay que temer los peligros, las tribulaciones y las acometidas de los vientos; por el contrario, estará en la calma. Lo mismo es para tu caridad: mientras permanezcas entre los hombres, espera tribulaciones, peligros y acometidas de los vientos espirituales. Pero cuando hayas llegado a aquello que te ha sido preparado, entonces, no tendrás más temor.

Respecto de la palabra de nuestro Maestro que te cité precedentemente: *“He aquí que envío mi ángel delante de ti”* (Mt 11,10), éste fue enviado. Porque sobre el hecho de que no encontrarás trabajo, Dios dice en el libro de Moisés: *“Para esto Él te ha rodeado y te ha instruido y te ha agotado de hambre en este espantoso desierto: para conocer lo que había en tu corazón”* (Dt 8,2-3).

**9.** *Carta del mismo Gran Anciano al mismo que habiendo salido por un asunto del monasterio se descorazonaba, porque experimentaba muchas desazones.*

Hijo: Escribe a nuestro hermano Juan, y salúdalo en nombre del Señor, de mi parte, de la tuya y de parte de nuestro hermano Juan (el Profeta) y dile: *“No pierdas coraje en las aflicciones”* (Ef 3,13) y las penas corporales que soportas y sobrellevas por nosotros así como por nuestro monasterio, porque esto es también dar la vida por sus hermanos (Jn 15,13), y yo tengo confianza en que será grande el salario por esta labor. Así como Dios estableció a José en Egipto para que alimentase a sus hermanos durante la hambruna, así te ha colocado a ti para socorrer al monasterio con nuestro hijo Séridos. Y yo te añado la palabra del Apóstol a Timoteo: *“Tú entonces, hijo mío, aférrate en la gracia del Espíritu Santo”* (2 Tm 2,1). Yo veo, en efecto, cómo tu calma debe llegar con la paz, y me regocijo contigo en el Señor. Porque mientras vivas afuera, encontrarás tribulación y pena corporal, pero una vez que hayas llegado al puerto de la calma encontrarás el reposo y la paz. Nuestro Maestro en efecto no miente y El dice: *“Yo les daré en este mundo el céntuplo y en el venidero la vida eterna”* (Mc 10,30). Trabaja pues con ardor, hermano, a fin de obtener más plenamente la caridad y el reposo. Antes que el navío alcance el puerto, es golpeado y agitado por el oleaje, pero una vez llegado, se encuentra en adelante en una gran calma. Comprende estas palabras y cúmplelas *“porque el Señor te dará inteligencia de todo”* (2 Tm 2,7).

**10.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo que había recibido el*

*golpe de una piedra sobre el pie y había sentido mucho dolor y desazón.*

Al hermano bienamado Juan, salud en el Señor. En consideración de la fatiga de tu cuerpo y del quebrantamiento de tu espíritu por Dios, mi bienamado, el Señor Dios ha colmado tu alma de bienes celestiales centuplicándolos. Considera las cosas que te han sido escritas por mí, hermano, y escóndelas en ti, porque yo haré resonar en ti una alegría celestial, soberana y divina. En nombre de la Santa Trinidad, descubro que tú participas de mis carismas, aquellos que me fueron otorgados por Dios, y espero que, paso a paso, llegues prontamente. Porque es por el trabajo de Dios como se arriba rápidamente a su descanso: es también por la humildad como se llega, y tengo confianza en que tendrás los dos, cuando la irritación haya muerto en ti, y la irritación de tu corazón se haya apagado. Entonces se cumplirá en ti la palabra escrita: “Ve mi humildad y mi trabajo y quita todos mis pecados”. Y puesto que yo te digo que paso a paso arribarás, considera los Evangelios y ve cuán frecuentemente Cristo ha concedido a los discípulos los carismas, el de curar enfermedades, el de echar a los demonios, y el más perfecto, el de perdonar los pecados, cuando les dijo: *“A quienes perdonéis los pecados les quedarán perdonados”* (Jn 20,23).

Luego, si en consideración de tu labor, que es para Dios, tus pecados son perdonados, ésta es la dimensión que yo deseo verte alcanzar. Si encuentras alguna cosa difícil de comprender, Séridos, mi querido hijo, con la gracia de Dios te explicará las cosas difíciles, porque yo he rogado a Dios por él al respecto. *“Tú, entonces, hombre de Dios”* (1 Tm 6,11) corre sin descanso por el camino que te ha sido preparado, a fin de alcanzar con alegría el puerto de Cristo, donde nosotros hemos llegado. Y escucharemos pronunciar para ti la palabra de júbilo realizada, palabra de luz, de júbilo y regocijo: *“Bien, siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor”* (Mt 25,21). ¡Júbilo para ti en el Señor! ¡Júbilo para ti en el Señor! Que el Señor guarde tu alma, tu cuerpo y tu espíritu de todo mal, de oposición diabólica y de todo fantasma perturbador. El Señor será tu luz, tu refugio, tu camino, tu fuerza, *“corona de júbilo”* (Si 1,11) y tu posesión eterna. Vela por ti, porque está escrito: *“No cambiaré lo que sale de mis labios”* (Sal 88,35).

**11. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, exhortándolo a recordar siempre las cosas que le han sido escritas para su beneficio y fortalecimiento de su espíritu.**

Salomón dijo de sus padres: *“Ellos me enseñaban y me decían: Retén nuestras palabras ancladas en tu corazón”* (Pr 4,4). Igualmente, también yo, hermano, te digo: “Que mis palabras permanezcan ancladas en tu corazón y medites sin descanso las cosas que te he escrito de acuerdo con lo que Dios



dijo por boca de Moisés: “Las atarás a tus mano derecha como una señal y quedarán constantemente fijas ante tus ojos. Medítalas al acostarte y al levantarte, en el viaje o en tu casa” (Dt 6,6-8). Muéstralas en el cumplimiento de tus obras y Dios estará contigo para siempre. Amén.

**12.** *El mismo había ordenado realizar una obra a un hermano y como éste no la había hecho con empeño, se lo había reprochado. El hermano había quedado entristecido, y él pensaba en adelante no decir nada a ninguno de los hermanos. Sobre esto el Anciano le envió lo siguiente:*

Di al hermano Juan: Nuestra época es delicada y cuesta mucho encontrar en el presente un hombre de corazón firme. Pero retén la palabra del Santo Apóstol: “Reprende, amenaza, exhorta, con toda paciencia y doctrina” (2 Tm 4,2).

**13.** *Se había emprendido una construcción en el monasterio. El Abad Juan, siendo hábil en esto, había marcado el contorno de la obra, pero sin saberlo él, algunos hermanos, que pensaban obrar bien, los habían modificado y deteriorado un poco. Como Juan se había perturbado y descorazonado, el Anciano le envió esto:*

Di al hermano Juan que él es un solo espíritu con nosotros: muchas cosas le fueron escritas de parte mía por mano de nuestro verdadero y querido hijo que nos ama a los tres por igual, con toda el alma y caridad perfecta, y todo esto lo escribo no por mi propia voluntad, sino por orden del Espíritu Santo, y todo para el provecho y la conciencia del hombre interior, para la contención y encarrilamiento del cuerpo y para el quebrantamiento del espíritu.

Ante todo, cuidate de la decepción, porque engendra todo mal y diversas trampas. Si, en efecto, te escribiera las pruebas que he soportado, te digo que tus oídos no lo soportarían, ni nadie de nuestra época o de cualquier otra. Sin embargo, confío en que llegarás, y no sólo a esto sino que podrás darte cuenta por tus propios ojos y verte liberado de ellas con la gracia de Cristo, por la fe. También que tu corazón se vea libre del desaliento provocado por las ovejas del Señor. No sabes cuántos dolores de cabeza debe soportar de sus niños su excelente madre, hasta que éstos la valoren. “Reprende, amenaza, exhorta con paciencia y doctrina” (2 Tm 4,2). Escucha y presta atención a lo que te digo: la paciencia genera toda clase de bienes. Piensa en Moisés, que eligió “ser maltratado con el pueblo de Dios, a disfrutar el efímero goce del pecado” (Hb 11,25). Por consiguiente, cada vez que por instigación del demonio tu mente te incita contra alguien, dile con paciencia: “¿Acaso yo me he sometido a Dios para verme dominado por otro?”, y te dejará tranquilo. Corre con firmeza y vigor, recordando mis palabras o más bien las del Señor, a fin de que tú también nos alcances en Cristo, nuestro Señor, ¡Amén!

¡Que así sea! ¡Que así sea!

**14.** *Respuesta del mismo Gran Anciano, porque éste había soportado apenado oír que uno de los hermanos decía, como si no lo tuviese en cuenta: “¿Por qué, quien se cree éste?”. O bien: “¿Por qué se atormenta así?”.*

Dile al hermano: Como discutía “el arcángel Miguel disputando por el cuerpo de Moisés”, igualmente estoy luchando por ti hasta que te hayas desprendido del hombre viejo. Porque los judíos murmuraban a propósito del Salvador: “¿No es éste el hijo de José? ¿No conocemos acaso a su madre y a sus hijos” (Jn 6,42; Mt 13,55). Reflexiona sobre todo y “persevera hasta el fin” (Mt 10,22).

**15.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que no estaba curado de su desazón:*

Dile al hermano: He recordado la profecía del Santo profeta Jeremías diciendo: “¿Quién convertirá mi cabeza en llanto y mis ojos en manantiales de lágrimas, para llorar día y noche por mi pueblo!” (Jr 8,23). Esperaba, en efecto, que el alimento sólido te fuera de provecho, pero me apercibo de que todavía precisas leche (Hb 5,12). Considera lo que está escrito: “Y purifícame de mis faltas ocultas” (Sal 18,17). Cuida de que haraganes malvados no te engañen y echen sobre ti su veneno, porque es mortal. De hecho, no se vence jamás el mal sino por el bien; es por el bien como se corrige el mal (cfr. Rm 12,21).

Estás en el estadio, obligado a luchar contra las bestias como el Apóstol en Éfeso (1 Co 15,32); él se gloriaba de haber triunfado sobre esas bestias. Tú has sido arrojado al embate de las olas del mar para afrontar numerosos peligros y luchar con nosotros contra la tercera oleada. Y así, habiendo triunfado con la ayuda de Dios, arribarás con nosotros al puerto de la paz en Cristo Jesús nuestro Señor. A Él la gloria.

**16.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que iba a enojarse con los hermanos porque los ladrillos habían sido destruidos por la lluvia y lo atribuía a su descuido. Previendo por otra parte que sería reprendido por el Abad, lo calma por anticipado, y lo incita a reflexionar sobre sus pensamientos, recordándole también la caridad sincera que el Abad tiene con él, a fin de que este recuerdo le haga rechazar todo otro pensamiento.*

Hazme la caridad, hijo, de traerme enseguida papel y tinta. Deja la respuesta por la que viniste y escribe al hermano Juan, primero saludándolo de mi parte. Porque se deja llevar por el enojo contra los otros. Alégrate en el Señor, hermano. Si hay demasiado oleaje en el mar, ¿no hay nadie para despertar a Jesús, a fin de que reprenda a los vientos y el mar y éstos se calmen,

y así poder comprender y adorar a Jesús?(Mt 8,26). Si todas las cosas son vanas y efímeras, ¿por qué nuestro corazón es llevado por ellas hasta olvidar la palabra evangélica: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16,26). Aprende, hermano, que si alguien aflige a otro, ya sea de acto o de palabra, él mismo será seguidamente afligido cien veces más. Y a menudo, citando las palabras del Señor en las Escrituras, te he escrito que seas paciente en todo y que cuides que tu voluntad no se inmiscuya en cualquier cosa. Pero cada vez que tú me escribes por mi hijo bienamado Séridos, quien siempre se aflige de verte afligido, esfuérzate por ser exacto en tu pensamiento a fin de que jamás viertas veneno mortal en tu corazón y no te engañen haciéndote tomar un mosquito por un camello (Mt 23,24) ni una piedra por un pavimento. Está también el hombre que tiene una viga y repara en la brizna del otro (Mt 7,35).

Te he escrito como a mi propia alma, porque sé que tu corazón encontrará en estas palabras de qué alegrarse. En efecto, ha sido dicho: “Reprende al sabio y te amarás” (Pr 9,8). Y tú conoces, hermano, mis sentimientos hacia ti, en la caridad del Señor. Tengo confianza en que estás cerca de verte liberado de toda preocupación respecto de las cosas terrenales y acceder a la actividad espiritual de los Padres, porque no hay que temer que Cristo, mi Señor, a quien ruego noche y día por ti, me rechace.

**17. Pregunta del mismo al mismo Gran Anciano:** *Sé, Padre, que esto me sucede a causa de mis pecados y que soy insensato y responsable del mal. Pero es el Abad quien me lleva a esta aflicción, porque se desinteresa de estos asuntos y los descuida; se pierden por su culpa y yo no lo soporto. ¿Qué haré entonces, ya que respondo a mi pensamiento y no obtengo fuerzas? Perdóname, “hablé una vez, no he de repetir” (Jb 39,35). Estoy sorprendido de la forma en que se ha enfriado este calor de caridad que tenía (sentía) por el Abad y por los hermanos. Ruega por mí en el Señor.*

Respuesta:

Hermano, recuerda que el Señor decía a sus discípulos: “¿También vosotros estáis sin inteligencia?” (Mt 15,16). Te he escrito que seas exacto en tus pensamientos. Si te hubieras tomado el trabajo de ser justo, te hubieras dado cuenta de que la fuerza de la que me hablas precisamente en tu carta, ya te la había indicado; no tendría entonces necesidad de escribirte, pero retomaré igualmente contigo todas estas cuestiones.

Y para empezar te confundiré: Tú te dices pecador, pero en la práctica no te tienes por tal. En efecto, quien tiene la convicción de ser pecador y responsable del mal, no contradice a nadie, no discute ni inventa contra quien sea, sino que mira a todos los demás como mejores y más inteligentes que él. Y si tu pensamiento te diera la ilusión de que así es, ¿por qué alteran

tanto tu corazón y te mueven contra ellos, que son mejores que tú?

Atención, hermano, porque no es la verdad; nosotros no hemos llegado aún a considerarnos pecadores. Si alguien ama a aquel que lo reprende, es sabio (*Pr* 9,8); pero si se ama a alguien y no se hace lo que él aconseja, eso es más bien odio. Si tú eres pecador, ¿por qué acusas al prójimo y lo haces responsable de la aflicción que padeces? ¿No sabes que cada cual “*es probado por su propia pasión*” (*St* 1,14), y esto es lo que engendra en él la aflicción? Y es lo que te he escrito respecto de los hermanos, al decirte que no te vayas a confundir un mosquito con un camello (*Mt* 23,24), etc. Reza más bien para que todos juntos participen del temor Dios. Y cuando te llamas insensato, no te engañes, examínate bien y encontrarás que no te tienes por tal. En efecto, si tuvieras esta convicción, no deberías entrar en cólera, al no poder discernir si la cosa se ha hecho bien o mal. Porque el insensato y loco es reconocido como insulso. Y ¿cómo el insulso podrá sazonar y salar a los demás? Observa, hermano, que nos ilusionamos sólo hablando de ello, pero nuestras obras son las que lo demuestran. Cuando respondemos a lo que pensamos, no obtenemos la fuerza necesaria porque en principio aceptamos condenar al prójimo. La fuerza de nuestro espíritu está debilitada en nosotros y acusamos a nuestros hermanos, mientras que somos nosotros mismos los que somos responsables. Pero si te atienes a que todo proviene de Dios, quien conlleva la misericordia, y no de quien hace su voluntad o de quien corre a realizarla (*Rm* 9,16), ¿por qué no comprender y amar a tus hermanos de todo corazón, en la caridad perfecta?

¡Cuántos, en efecto, querían tenernos a nosotros, los Ancianos, y se apresuraban para ello, y el favor no les fue concedido! Mientras que, por el contrario, a aquel que no se movía, Dios nos lo envió y lo hizo nuestro verdadero hijo. En efecto, tal es la voluntad profunda que Dios ama. En cuanto a decir “*He hablado una vez*”, etc., si tú luchas por llegar, bendito seas, porque esto no ha sido concedido a todos. Respecto a tus otros pensamientos, entrega a Dios todos ellos, diciendo: “Dios sabe aquello que conviene”, y encontrarás la calma y poco a poco volverá a ti la fuerza para soportarlo. No dejes completamente de hablar y, si no eres escuchado y tus palabras no son bien recibidas, no te apenes, porque de esto sacarás más provecho.

En cuanto a aquello que te sorprende, la caridad perfecta es infalible, y quien la posee permanece en la caridad, contenido dentro de la caridad hacia Dios y el prójimo.

Respecto de las oraciones que tú pides, para terminar, las palabras que te he escrito deberían serte suficientes, a saber: que noche y día ruego a Dios por ti, sin cesar (*2 Tm* 1,3). Tu pedido es superfluo. Tú obtienes de mí un alimento, según Dios, para mucho tiempo. Mantente firme y espera en el Señor. A Él la gloria por los siglos. Amén.

**18.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo que le había preguntado de dónde viene el calor y el frío y la dureza del corazón, y le había preguntado también respecto del combate del cuerpo.*

Respecto a la calidez y a la frialdad, es sabido que el Señor ha sido denominado “fuego” (Dt 4,24; Hb 12,29), un fuego que da calor y abraza “los corazones y las entrañas” (Sal 7,10; 25,2). Si entonces es así, se sigue también que el diablo es frío y que de él proviene toda frialdad. En efecto, si no fuera así, ¿cómo se habría dicho: “entonces la caridad de muchos se enfriará”? ¿Qué significa ese “entonces”, sino “en tiempos del Adversario”? Luego, si sentimos frialdad, invoquemos a Dios y Él vendrá a calentar nuestro corazón hasta la caridad perfecta, no sólo hacia Él mismo, sino también hacia el prójimo, y en presencia de su calor, la frialdad del enemigo del bien será rechazada. Ya que éste ha secado en ti la fuente de las lágrimas del corazón y ha irrigado la de los órganos inferiores, recibe al Señor en tu casa (Lc 19,5-6) y Él secará ésta última y purificará la fuente de las lágrimas, derramando en ella el agua espiritual. Quien quiera llegar al temor de Dios, llegará por la perseverancia. Porque ha sido dicho: “Con constancia he esperado al Señor, Él se ha inclinado hacia mí y ha escuchado mi plegaria” (Sal 39,2) ¿Y qué se agrega? “Me sacó de la fosa infernal, del barro cenagoso” (Sal 39,3). A esta fosa responde la dureza del corazón. Adquiere, entonces, lo que tú deseas y estarás a salvo en Cristo Jesús, Nuestro Señor.

**19.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo sobre la paciencia:*

Di al hermano: Ya te he escrito respecto de la paciencia y ahora te digo lo que Nuestro Señor Dios dice a sus discípulos: “Mirad que os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder del Enemigo, y nada podrá hacerles daño” (Lc 10,19). Sé como Job: “Bebiendo el sarcasmo como agua” (Jb 34,7); “reflexiona sobre estas cosas y medítalas sin cesar” (1 Tm 4,15).

**20.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo que le había preguntado: Si el Señor ha dado el poder de pisar con nuestros pies serpientes y escorpiones (Lc 10,19) ¿Cómo puede ser entonces que me haya conmovido?*

Quien sea que haya recibido el poder de pisar con sus pies serpientes y escorpiones, tampoco recibe daño alguno y no queda a su merced. Examina entonces tu corazón frente a toda cosa: si algo puede alterar tu corazón, aunque sea un poco, sabrás que tú estás todavía lejos de tener tal poder. No te descuides a ti mismo, por temor de que la ocasión te tome de sorpresa. Pero cualquiera sea la cosa que veas llegar —¿qué decir de las cosas del mundo, transitorias como son?; te hablo de cosas temibles, ya sea en el cielo como en la

tierra—, pon a Dios y al Juicio ante tus ojos y piensa que tenemos poco tiempo para pasar por este mundo. Y haz descansar tu corazón en la dulzura, el amor, recordando a Cristo oveja y cordero sin malicia y todo lo que Él soporó, Él que era inocente: ultrajes, golpes y lo demás. Pero nosotros, que tenemos cuentas pendientes, ¿por qué nos irritamos contra el prójimo, no soporando nada de su parte? Recuerda que la caridad no fanfarronea, sino que “*es paciente*” (1 Co 13,14), etc, y ruega para llegar a lo que te es propuesto, a fin de que tu trabajo no sea en vano (1 Ts 3,5).

Adhiérete indisolublemente a Cristo que nos ama: a Él la gloria por los siglos. Amén.

**21.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que se había empeñado en no dar jamás una orden a nadie, sino fijar para él una regla clara, cuidar de sí mismo y sólo de él.*

Hermano, más te escribo, más debes tú atenerte a considerar las cosas que te son escritas por mí y no dejarlas de lado, porque son dichas con conocimiento de causa y serenidad de alma.

Sabes, hermano, que quien no soporta los ultrajes no verá la gloria y que quien no se desprende de su amargura no saboreará la dulzura. Tú has sido encargado de los hermanos para estos asuntos, para ser probados y purificados por el fuego. En efecto, el oro solamente es purificado por el fuego (1 P 1,7). No te aferres a nada en absoluto, eso te conduciría a la lucha y a las preocupaciones; juzga la oportunidad según el temor de Dios y nunca según un espíritu de disputa (Flp 2,3). Por otra parte, haz lo posible para evitar la cólera y ser un modelo útil a todos, no juzgando ni condenando a nadie, sino previniendo, como verdadero hermano. Ama más a quienes te prueban porque yo también a menudo amaba a aquellos que me probaban. Si, en efecto, lo pensamos, son ellos quienes nos hacen progresar. No te fijes ninguna regla. Sé obediente y humilde y cada día ríndete cuentas a ti mismo. El profeta le daba este significado cuando decía ese “cada día”: “*Y yo he dicho: ahora comienzo*” (Sal 76,11). Como Moisés: “*Y ahora Israel...*” (Dt 4,1). Conserva tú también el “ahora”, y si te pasa tener que dar órdenes a alguien, examina tu pensamiento: si está a punto de ponerte en problemas, aunque te parezca útil guárdalas bajo tu lengua, recordando enseguida a quien ha dicho: “*¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*” (Mt 16,26). Aprende esto, hermano: todo pensamiento en el que no predomina la calma y la humildad, no es según Dios, sino manifiestamente una justificación de los espíritus malvados. Porque Nuestro Señor viene con calma pero todo lo que es del Enemigo viene con problemas y movimientos de cólera. Y aún si parecen revestidos de piel de oveja, sabrás que “*por dentro no son más que lobos rapaces*” (Mt 7,15). Se reconocen por su perturbación, porque ha sido dicho

“por sus frutos los reconoceréis” (Mt 7,12). Que Dios nos conceda a todos ser perspicaces para no dejarnos perder con sus autojustificaciones. Porque para Él “*Todo está desnudo y patente*” (Hb 4,13). Tú, entonces, bienamado, haz con tus manos todo aquello que sale bien (Sal 1,3), poniendo el temor de Dios ante tus ojos y rindiendo gracias. Porque de Él es la gloria, el honor, el poder y la fuerza por los siglos. Amén.

**22.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, conteniendo consuelo y una exhortación al gozo espiritual después de la desazón que había sufrido por diversos motivos.*

Escribe al hermano Juan una exhortación espiritual que reconforte su corazón en Cristo Jesús Nuestro Señor y dile: Puesto que tú deseas estar con nosotros “*como el ciervo aspira a las fuentes de agua*” (Sal 41,1) –y sin embargo, no tanto como nosotros lo deseamos–; también no pudiendo soportar más, como dice el divino Apóstol Pablo (1 Ts 3,5), yo escribo a tu caridad estas cosas dichas por mí o más bien por Dios, para que tu viña produzca una uva que, aplastada por los pies, haga un vino espiritual que reconforte tu alma afligida. Que tu campo reciba el buen grano como aquel que, sembrado en buena tierra, produjo ya cien, ya sesenta, ya treinta por uno (Mc 4,8). Que el fuego espiritual arda sin cesar en tu corazón, según la palabra de Cristo, nuestro Maestro: “*He venido a traer fuego sobre la tierra*” (Lc 12,49). Que la paz del Señor reine en tu corazón según la palabra del Apóstol (Col 3,15) y que tu palmera crezca en su follaje, como lo dice David: “*El justo florecerá como la palmera*” (Sal 91,13) y puedas ser purificado de la cólera y del deseo de malas pasiones, como los santos perfectos, en los cuales sus emociones mismas pasan sin descuidarse un solo instante. ¡Dígnese el Señor concederte la gracia de morar en ti (Sal 24,13) en la inocencia y la dulzura, para ser un fruto de Cristo, un cordero sin malicia!

Que puedas seguir nuestras huellas como azada sagaz y alcanzar nuestra regla como perfecto heredero de mis carismas. ¡Que tus ojos vean a Dios por la pureza de tu corazón! (Mt 5,8). Sé paciente en la aflicción, así como has llegado en este momento a lo que el Maestro predijo: “*En el mundo tendréis tribulación, pero tengan ánimo, yo he vencido al mundo*” (Jn 16,33). Que puedas alcanzar la caridad invencible que introduce a aquellos que la poseen en las moradas del reino, ¡y los hace hermanos de Cristo! Si entonces sufres con Cristo para ser glorificado con Él (Rm 8,7), si mueres con Él para resucitar con Él, no te inquietes por el tesoro que tienes ante ti, porque no has comprendido cuál es su eficacia. Pero cuando hayas alcanzado la quietud perfecta, recién conocerás ese tesoro y admirarás el don de Cristo y cómo son de impenetrables sus caminos (Rm 11,33). Permaneciendo entre los hombres, no puedes comprender esto, pero cuando te hayas establecido en el retiro y

desprendido de toda preocupación como nosotros, comprenderás todo lo que te ha sido dicho. Porque yo ruego a Dios noche y día (2 Tm 1,3) a fin de que aquí, donde estamos, seas un solo corazón con nosotros, en el inefable gozo de los santos, en la luz eterna, para que tengas tu parte en esto que fue prometido a los santos: “Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, es lo que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co 2,9). Sé fuerte en el Señor. Regocíjate. Amén.

**23.** *Pregunta del mismo, al mismo Gran Anciano: Te ruego, Padre y Maestro, no estés enojado conmigo por mis tropiezos y dame una Regla a seguir para la salmodia, el ayuno y la oración. Dime también si hay que cambiar según los días.*

Respuesta:

Hermano, si hubieras prestado atención a las palabras de tu pregunta hubieras tenido suficiente para comprenderlo. Si me consideras como padre y maestro, ¿por qué me juzgas irascible? Porque un padre es misericordioso, incapaz en absoluto de enojarse, el maestro también es paciente e ignora la cólera.

En cuanto a la Regla que tú me pides, empleas demasiadas vueltas para entrar por la puerta estrecha a la vida eterna. (Mt 7,13-14). Aquí Cristo te dice en pocas palabras cómo hay que entrar. Deja de lado las reglas de los hombres y escúchalo decirte: “El que persevere hasta el fin, ése se salvará” (Mt 10,22). Luego, si un hombre no es constante, no entrará en la vida. No busques mandatos porque no quiero que estés bajo una ley, sino bajo la gracia (Rm 6,14). En efecto ha sido dicho: “Para el justo no ha sido instituida la ley” (1 Tm 1,9) y yo quiero que tú estés entre los justos. Debes atenerte a tu discernimiento como un piloto que dirige la nave según los vientos.

Cuando estás enfermo, haz según tu estado, todo lo que ya me has escrito. Cuando estés sano actúa igualmente. Porque cuando el cuerpo está enfermo, no acepta el alimento como de costumbre. La regla sería entonces inútil ahí también. En cuanto a los días, míralos a todos como iguales de santos y bellos. Cumple todo sabiamente y llegarás a la vida, aquella que está en Cristo Jesús Nuestro Señor. A Él la gloria por los siglos. Amén.

**24.** *Habiendo surgido una discusión entre el Abad y él, a propósito de un texto de las Escrituras, ambos rivalizaban en paciencia. El Anciano les envió una carta demostrándoles que su paciencia no estaba exenta de perturbación y diciéndoles que velasen siempre por evitar completamente la perturbación.*

Hijo bienamado, no pienses que ustedes comprenderán por sí mismos el capítulo de ayer, el de la *Epístola de Pablo a los Tesalonicenses*. Pero yo, conociendo la fragilidad de vuestra paciencia, en la cual se mezcla la irrita-



ción, he rogado a Dios por ustedes, a fin de que comprendan este capítulo. Es ahí, en efecto, donde reside todo el sentido de las cartas que he escrito al hermano Juan por intermedio tuyo, y dediquen también su espíritu a los capítulos que van a leer hoy: me refiero a los del Apóstol y el Santo Evangelio, porque tienen este sentido. Y vuelve a leerlos tres veces, buscando el sentido de las palabras para el provecho de vuestras almas. Porque yo los dirijo y me preocupo en extremo por ustedes según Dios. Trabajen entonces y luchen conmigo para suprimir en ustedes la cólera y la irritación. Porque el combate es necesario con la ayuda de Dios.

Estos son los capítulos: Desde la *Primera epístola a los Tesalonicenses*, a partir de “*Os pido hermanos, que tengáis en consideración a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor*” (1 Ts 5,12), hasta el fin del capítulo.

Igualmente, de la *Primera epístola a los Corintios*, a partir de: “*En cuanto a los dones espirituales, no quiero hermanos que estéis en la ignorancia de cuando erais paganos*” (1 Co 12,1-2) hasta “*Porque en la asamblea prefiero decir cinco palabras con sentido, a fin de instruir a los demás, antes que diez mil en lenguas*” (1 Co 14,19).

Del *Evangelio de San Mateo* a partir de “*Al desembarcar vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos*” (Mt 14,14), hasta: “*Y los que estaban en la barca se postraron ante Él, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios*” (Mt 14,33).

**25.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo y al Abad, que querían de una vez por todas mantener dentro de la Regla a todos los hermanos.*

Te lo digo a ti, hijo, y al hermano: les he escrito sobre la paciencia y ahora les digo: “*Ordeña leche y tendrás mantequilla, pero si aprietas con la mano alrededor de la ubre, saldrá sangre*” (Pr 30,33). Por su lado dice San Pablo: “*Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos*” (1 Co 9,20), y a continuación: “*Me he hecho todo con todos a fin de salvar a algunos*” (1 Co 9,22). Si alguien dobla una rama o una vid, y la va doblando progresivamente, no se romperá. Pero si la fuerza con violencia, de un solo golpe, la madera se rompe enseguida. Comprende lo que ha sido dicho.

**26.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que había develado algunas cosas sobre las cuales el Anciano le había prescrito no decir nada a nadie y que a causa de eso había caído en la tentación. Y la respuesta trata también sobre la paciencia perfecta.*

Di al hermano: Ha sido escrito: “*Si alguien no tiene el Espíritu de Dios, no le pertenece*” (Rm 8,9). Considera de dónde provino el desarrollo consecuente de esta tribulación de tu pensamiento. ¿No fue de la traición que

constituyó el transgredir mi orden? En efecto, a menudo te he recomendado no confiar el secreto a nadie y tú lo has revelado a muchos. ¿Soy acaso Cristo para que lo que recomendaba no contar a nadie sea proclamado a las multitudes y a todo el mundo? (*Mc 7,36*). Porque éste era el camino de Cristo: no herir el pensamiento del prójimo, de Él, que vino con toda mansedumbre y dulzura para salvar a los hombres. Porque si el hombre no es como la miga de pan, no debe vivir entre los hombres. Mira lo que dice Cristo a sus discípulos: “*No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros*” (*Jn 15,16*). Luego, si es Dios y no los hombres quienes nos han enviado a tu caridad, trabaja para adquirir una gran perseverancia. Porque te referí la palabra hace tiempo: “*Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas*” (*Lc 21,18*). Recomienda entonces a observar y a guardar lo que te digo: no es el momento de darlo a conocer. ¡Mucho ánimo en el Señor!

*27. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, quien se entristecía porque el Anciano demoraba en escribirle y por eso pensaba que el anciano lo había olvidado.*

Escribe pronto al hermano, ante todo el gozo, el placer y el saludo en el Señor. Después dile: No pienses, mi bienamado, que he apartado tu recuerdo de mi corazón por el hecho de haber demorado en escribirte. Pero considerando tu comportamiento me he armado de paciencia hasta ahora. Convéncete absolutamente de esto: así como nuestro Dios no se olvida de tener misericordia con el mundo, así yo no me olvido de tu caridad, rogando a Dios noche y día (*2 Tm 1,3*) por la salvación de tu alma, a fin de que alcances la medida que te he indicado ya por escrito. Ten presente también que mientras tú vas para el servicio del monasterio, mi corazón va contigo, con el consentimiento de Dios. No te desanimes, entonces en nada, hermano mío, porque confío en que pasará como yo te he escrito. En efecto, Dios no miente: “*El que persevera hasta el fin, ése se salvará*” (*Mt 10, 22*). Piensa en lo que te he dicho y en lo que te espera: “*Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*” (*Hch 14,22*). Alégrate en el Señor. Te lo digo una vez más: “*Alégrate*” (*Flp 4,4*). Y que nadie conozca el secreto. Porque está escrito: “*Estas palabras les parecían desatinos*” (*Lc 24,11*). En efecto, quien no tenga un corazón sólido, no será capaz de comprenderlas.

*28. El mismo se había hecho el propósito de fijarse como regla no salir a ninguna parte los días de ayuno. El Anciano lo disuadió por temor de que alguna necesidad según Dios le exigiese salir y se afligiese por transgredir la regla.*

Di al hermano: ¿No has recibido de mi parte la seguridad de que donde tú vayas, así como toda cosa que hagas para Dios, mi corazón estará

contigo? Ahora te repito, hermano, como ya te ha sido dicho: no te fijes regla alguna, y si sales en caso de necesidad no tienes por qué afligir tu espíritu. Reflexiona entonces sobre el sentido de las palabras que te he escrito. Hazlo así y permanecerás en calma. Que la paz sea contigo de parte mía o más bien de parte de Dios.

**29.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, para afianzar su fe en lo que se le había prometido y llevarlo por esta confianza a un mayor celo.*

Di al hermano: La paz, como todo don de excelencia y todo carisma divino, llega al hombre por la fe. No seas insensible a la fuerza que llega cada día de Dios, por mi bajeza. Y sabrás así que tu venida junto a nosotros no ha dejado de ser algo digno de admiración. Corre entonces hacia aquello que te es propuesto *“a fin de conseguirlo”* (1 Co 9,24) y recuerda siempre de dónde Dios te ha sacado. Da gracias en todo (1 Ts 5,18), rogando que su misericordia se cumpla en ti hasta el fin. Amén.

**30.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, quien le preguntaba si debía navegar con los hermanos hasta Egipto para buscar trabajo. En efecto, vacilaba porque él mismo y los hermanos no conocían el mar ni esos lugares.*

Di al hermano: Tanto cuanto estés afuera tendrás que pasar penurias por Dios con los hermanos. Pon ante tus ojos las tribulaciones del Apóstol. Porque *“el que persevere hasta el fin, ése se salvará”* (Mt 10,22). En Cristo Jesús Nuestro Señor. Amén.

**31.** *Habiendo los hermanos, circulado mucho en Egipto sin conseguir trabajo y soportando toda clase de tribulaciones y tormentos, [el Abad Juan] se sentía descorazonado. El Anciano tuvo una visión de esto en su espíritu y le hizo preparar la siguiente carta:*

Hijo: escribe esto que te digo yo o más bien Dios y prepárate para enviarla al hermano Juan. Ante todo los saludo en el Señor. Luego dile lo siguiente: ¿Por qué te desalientas en las tribulaciones como un hombre carnal, como si no hubieras oído decir que muchas tribulaciones te esperaban, así como el Espíritu le había dicho a Pablo (Hch 20,23), quien enseguida consolaba con su alegría a aquellos que estaban con él en la nave (Hch 27, 22-25)? ¿No sabes acaso que *“muchas son las tribulaciones de los justos”* (Sal 33,20) y son probados por ellas como el oro en el fuego? Si somos justos seremos sometidos a prueba en las tribulaciones; si somos pecadores, soportémoslas como siendo merecidas, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia (Rm 5,4). Consideremos espiritualmente a todos los santos desde sus comien-

zos y veamos lo que han soportado: mientras que practicaban el bien, daban buenos consejos y se mantenían firmes en la verdad, fueran odiados y oprimidos por los hombres hasta su muerte y ellos rogaban por sus enemigos y sus perseguidores conforme a la palabra del Salvador (Mt 5,44). ¿Acaso has sido vendido como el casto José y tus manos han trabajado en hacer cestos (Sal 80,6)? ¿Has sido arrojado dos veces en la fosa (Gn 37,24; 40,6)? O bien, ¿has sido maltratado como Moisés desde la infancia hasta la vejez (Hb 11,25)? ¿Qué has soportado tú, haragán? O aún más, ¿has sido perseguido a muerte como David por Saúl y por su propio hijo hasta llorar la pérdida de éste? (2 R 1,11-27; 18,33). O bien, ¿has sido, como Jonás, arrojado al mar (Jon 1,15)? Indolente amado, ¿por qué tu espíritu se muestra tan flojo? No tengas temor y no te asustes como una mujercita, para que no se vean frustradas las promesas de Dios (Hb 4,1). No tiembles como un hombre sin fe y refuerza tus pensamientos poco confiados. Ama en todas las tribulaciones, a fin de ser un hijo probado entre los santos. Acuérdate de lo soportado por Job (Jb 5,11) y de los otros que lo siguieron, y camina con fervor sobre sus huellas. Recuerda los peligros enfrentados por Pablo, sus tribulaciones y sus cadenas, sus privaciones de alimento, y otros sufrimientos innumerables (2 Co 11,24-27) y di a la pusilanimidad: “No te conozco”. Acuérdate de quien te ha escrito. Cuando tus cosas salgan bien o mal en tu camino, agradece a Dios. Considera que las cosas son corruptibles y pasajeras y soportándolas según Dios, Él salva a quien así las padece. Mira, estás luchando por encontrar trabajo y realizarlo. Y para demostrarte que según la palabra del Apóstol: *“esto no depende ni de quien quiere, ni de quien corre, sino de la misericordia de Dios”* (Rm 9,16), Dios les envía a unas personas que gozan de mucho bienestar en este mundo. Al recibirlos no les digan que yo les he hablado de ellos, para que no se vanaglorien. Ámenlos como a verdaderos hermanos y hagan que el espíritu vuestro les procure la paz al de ellos, porque ellos desprecian el mundo y desean salvar sus almas. Y Dios, por mi intermedio –les escribo por el conocimiento anticipado que tengo sobre ello– los envía a ustedes de esta manera, para que sepan que realmente lo desprecian todo, y tú entonces, hermano, sostenido por mi mano, camina sobre *“la senda estrecha y angosta que lleva a la Vida”* (Mt 7,14) en Cristo Jesús Nuestro Señor. A Él la gloria por los siglos. Amén.

**32.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, quien le había preguntado si él debía comer aparte, y si no era necesario que saliera el miércoles y el viernes para la santa comunión. Por otra parte, ¿debería renunciar a ocuparse de los trabajos? Si llegara a enfermarse durante su retiro, ¿debería tomar remedios? Pedía también que se le dieran directivas para su salvación.*

No quiero que tu caridad ignore que todo el bien del que eres objeto proviene de Dios, quien ama a los hombres. Y ahora, en efecto, ahora comien-

zan los dolores del alumbramiento. Jesús ha comenzado a ocuparse de ti y a introducirte a su tiempo en su santa paz y en la perseverancia irreprochable. Por esta razón, si aún te sucede un decaimiento u otra enfermedad, vuelca toda tu esperanza en el Maestro, y serás aliviado. Porque yo tengo puesta en mi Dios la confianza de que tú no estás lejos de la senda de Él. Respecto de lo de comer aparte en tu celda, te será útil y ventajoso. Pero si se presenta el comer con los hermanos, no vaciles y no te enojés. Y límitate poco a poco.

En cuanto a la comunión, ya sea que entres o salgas, no te prives, porque eso sería para escándalo de los otros. Vela también para pasar tu vida en la celda con humildad, temor de Dios y una caridad sincera hacia todos y para construir tu casa sobre la roca (*Mt 7,2*) sólida y firme, porque ha sido dicho: *“Esa roca era Cristo”* (*1 Co 10,4*).

En lo que se refiere a otras órdenes, no son necesarias, conténtate con las que te han sido escritas de mi parte, ya que son suficientes para conducir al hombre del principio al fin. Medítalas, guárdalas en tu memoria y no las olvides. Ellas contienen, en efecto, toda la Biblia. Condúctete siempre bien en el Señor, humilde en palabras, en obras y gestos.

**33.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, porque su hermano carnal, proyectando retirarse a la vida monástica, había, por su intermedio, interrogado al Anciano al respecto.*

Nuestro Señor Jesucristo dice: *“Nadie viene a mí si el Padre celestial no lo llama y yo lo resucitaré el último día”* (*Jn 6,44*), *“y yo me manifestaré a él”* (*Jn 14,21*). Miren, los campos están blanqueando para la cosecha y el cosechador recibe su salario y recoge sus frutos para la vida eterna, a fin de que el sembrador se regocije conjuntamente con el cosechador. Porque en esto se verifica la sentencia: *“Uno es el sembrador y otro el cosechador”* (*Jn 4,35-37*).

Hermano, nadie se va a la cama si quiere llegar a la ciudad y nadie es perezoso si quiere trabajar y ver salir el sol, ni nadie es haragán cuando quiere cultivar su campo. En efecto, aquel que quiere llegar a la ciudad camina con rapidez, no se demora y el que ve el sol se levanta rápido para ir a trabajar con el temor de que surja algún impedimento, y el que quiere cultivar su campo se apresura antes de que lo perjudique la cizaña. *“El que tenga oídos para oír que oiga”* (*Lc 8,8*).

**34.** *Su hermano había recurrido a él por segunda vez, atormentado por su salvación, y le recordó su anterior promesa. Y él, por su parte, pedía que, por el Anciano, le fuera concedida una señal al respecto. El Anciano le envió lo siguiente:*

Respecto de tu hermano, de quien tú has dicho: *“La falta de fe batallada en él”*, éste era también el error de los fariseos, a los que el Señor decía:

*“esta generación pide una señal y no le será dada otra señal” (Lc 11,29). No tengo nada que decirle, más que la palabra del Apóstol: “Las cosas viejas han pasado, todo es nuevo” (1 Co 5,17). Y esto: “Y ahora, Israel” (Dt 4,1) y “No tentarás al Señor tu Dios” (Dt 6,16) y además “Ojalá hoy escuchen la voz del Señor: no endurezcan su corazón como en Meribá” (Sal 94,7-8). “El que tenga oídos para oír, que oiga” (Lc 8,8).*

**35.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo que le había consultado respecto de hermanos enfermos espiritualmente: ¿debía tomarlos cerca suyo? Por otra parte, ¿debía decirle al Abad que aliviase un poco a los novicios de la vigilia nocturna? También le había preguntado respecto de su prolongado silencio.*

Hermano, la respuesta a estas tres preguntas es una sola: No fuerces la voluntad, sino siembra la esperanza. Y en efecto, nuestro Señor jamás ha obligado a nadie sino que anunciaba el Evangelio, y lo escuchaba quien quería. Tú no ignoras, lo sé, que no descuido ni menosprecio tu caridad, pero la demora es en tu beneficio, ya que cada vez que rogamos y que Dios tarda en escucharnos, está actuando para nuestro favor, a fin de que aprendamos la perseverancia y no nos desalentemos, diciendo que hemos orado y no hemos sido escuchados. Dios sabe bien qué es útil al hombre. Gozo a ti en el Señor, hermano mío; que nada te preocupe y ruega por mí, mi querido, tú que eres solo uno conmigo.

**36.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, permitiéndole comenzar su vida de retiro libre de toda preocupación y respondiendo asimismo al pensamiento que éste había tenido de que se estaba en los últimos tiempos, como también a la duda que él se planteaba respecto de la extensa conversación que había sostenido con un Padre, preguntándose si había obrado bien o no.*

Hermano: Escúchame, yo te amo en Cristo Jesús. Ante todo, respecto de la celda, nuestro Señor Jesucristo ha dicho: *“La hora se acerca, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo” (Jn 5,25-26).* Yo también te digo que ha llegado el momento para ti de ingresar, con la ayuda de Dios.

Levanta tu nueva celda y penetra en su interior con la ayuda de Dios. Y cuando estés instalado no te inquietes más por cosa alguna. Porque la atención de los negocios y las pruebas se contraponen. En cuanto al pensamiento sembrado en ti, es inútil, y aparta con él la vanagloria. ¿Quién ignora, en efecto, que estamos en los últimos tiempos? Y por fin, respecto de las conversaciones, cuando te veas a punto de hablar de Dios, sabrás que el silencio es más admirable y apreciado que estas palabras. Tú no tienes necesidad de

que yo te escriba por más tiempo, porque ya te he escrito todo, del alfa a la omega, como tu caridad lo sabe. Te confío ahora a Dios, porque es de Él de quien proviene el auxilio y la misericordia. Amén.

**37.** *Un cristiano del mundo había mandado interrogar al mismo (Abad Juan) respecto de un negocio. Éste le había dado una respuesta pero enseguida fue presa de arrepentimiento e hizo conocer el asunto al mismo Gran Anciano diciendo “Perdóname, porque estoy ebrio y no sé lo que hago”.*

Respuesta:

Te lo digo con frecuencia: “*Deja que los muertos entierren a sus muertos*” (Lc 9,60), pues no estás todavía suficientemente asqueado de su olor infecto. Cuida lo que dices, porque precisamente no sabes lo que dices. En efecto, el ebrio es ridiculizado, maltratado y despreciado por los hombres, no se estima a sí mismo, no puede dar consejo ni enseñar a otro, no aconseja sobre nada, no juzga: esto está bien y esto es malo. Si tu boca dice una cosa y tus obras expresan otra, hablas sin saber lo que dices. No te duermas, por temor a que resuene repentinamente en tus oídos el grito: “*¡Ya está aquí el novio! Salid a su encuentro*” (Mt 25,6). ¿Quizá tú dirás en ese momento: “estoy ocupado”? Él te ha hecho libre de preocupaciones y tú no lo aceptas. Te ha sacado del fárrago y tú te empecinas en buscarlo. Te ha dado el reposo y tú buscas la fatiga. Te ha llegado el momento de hacer duelo y llorar tus pecados. Recuerda, Él te ha dicho que la puerta estará cerrada (Mt 25,10). Apúrate para no quedar fuera, con las vírgenes necias, pasa del espíritu de este mundo de vanidad, al de la eternidad. Deja las cosas de la tierra y busca aquellas del cielo. Abandona las cosas corruptibles y encontrarás las incorruptibles. Huye en tu pensamiento de lo que es pasajero y te encaminarás al encuentro de lo eterno. Muere completamente, a fin de vivir completamente en Cristo Jesús, Nuestro Señor. A Él la gloria por todos los siglos.

**38.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, quien deseaba recibir con frecuencia de él una carta, para ser auxiliado en la salvación de su alma. Y si podrá conversar con uno de los hermanos o ser consultado por ellos respecto de los pensamientos.*

Puesto que yo sé a quién te he confiado y qué alimento te he proporcionado, si estás atento, no preciso escribirte más a menudo. Porque aquel a quien te he confiado sabe aquello que necesitas antes de que se lo pidas (Mt 6,8). Pues ahora estás al corriente, permanece en calma. Porque es el desprenderse de toda preocupación lo que hará que te aproximes a la Ciudad; es el hecho de que no seas contado entre los hombres lo que te hará habitar en ella. Y es la muerte respecto de todo hombre lo que te hará here-

dero de la Ciudad y de sus tesoros. Y puesto que deseas escuchar a menudo que se te repita la misma cosa respecto de una conversación o de un pensamiento de los hermanos, cuando sea necesario, te diré qué hacer. Tú entonces no te preocupes de nada, sino de llevar a buen término tu camino. Yo abrazo siempre a tu caridad. En cuanto a apagar poco a poco en ti esa predisposición a una muy funesta cólera, es a ti a quien corresponde. Que la paz sea contigo, mi hermano muy querido Juan.

**39.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, quien quería terminar con sus conversaciones con su propio servidor, porque le había sido dicho que el desprendimiento de toda preocupación le haría aproximarse a la Ciudad, y quería asimismo averiguar la causa de varias tentaciones que le habían atacado.*

Di al hermano: Espera, porque no es el momento. Y en efecto, yo me preocupo por ti mucho más que tú mismo, y Dios aún más. Hermano Juan, no tengas ningún temor de las tentaciones que te asaltan para probarte, porque el Señor no te traicionará. Luego, cada vez que te sucede algo de este tipo, no te canses en buscar las razones, sino invoca de viva voz el nombre de Jesús diciendo: “*Jesús, ven en mi ayuda*” y El te oirá “*porque está cerca de aquellos que lo invocan*” (Sal 144,18). No seas timorato, y corre ardientemente y llegarás a la meta (1 Co 9,24) en Cristo Jesús Nuestro Señor. A Él la gloria.

**40.** *Pregunta al mismo Gran Anciano si podía enseñar a trenzar (paja) a su servidor. Y por otra parte, un hermano le había interrogado sobre sus pensamientos pero no claramente sino por enigmas: ¿había obrado bien?*

Respuesta: La enseñanza más destacada de Nuestro Salvador es esta: “*Que se haga tu voluntad*” (Mt 6,10). Luego, si alguien reza esta oración con sinceridad, rechaza su propia voluntad y somete todo a la voluntad de Dios. Y en cuanto a lo de enseñar al hermano, es útil pero quizá pueda suscitar celos de los demás. Sin embargo es posible hacerlo ocasionalmente o una vez al pasar, y la cosa pasaría inadvertida a los hermanos. Respecto de la consulta en enigmas, esto es por suficiencia, que como tal carece de discernimiento, y este hermano necesitará de mucha oración: Porque las señales no son “*para los creyentes sino para los infieles*” (1 Co 14,22).

**41.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que había sido presa de muchas preocupaciones e inquietudes respecto del porvenir del monasterio.*

Muchos son los pensamientos que bullen en tu corazón. Y ha sido dicho: “*Yo los contaré y sobrepasarán en cantidad a los granos de arena*” (Sal 138,18). Hermano, nadie sabe lo que sucederá a este lugar sino Dios “*que*



conoce los corazones” (Hch 15,8) y Él me ha dado plena confianza. Ten entonces por seguro que el Señor no lo abandonará, sino que lo cuidará y lo glorificará en honor al nombre de su Majestad. A Él la gloria por los siglos. Amén.

De ahora en más, vive en el retiro, despreocupado de toda inquietud. En efecto, todas las cosas sucederán en su momento y en orden.

*42. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, quien le había preguntado de dónde provenía una enfermedad que lo había afectado. Y si era preciso prevenir a los hermanos que viajarían a Egipto cómo cuidarse. Por otra parte estaba preocupado al respecto, temiendo las penurias que pasarían al no conocer el lugar.*

Di al hermano: egipcios y jerosolimitanos se han entremezclado cerca de ti (His. Laus. 21,8-9) pero no te preocupes porque Dios se ocupará por ti. En cuanto a tu pensar, actúa según el temor de Dios y no te aflijas por tus hermanos, sino ora solamente y el Señor los guiará según su voluntad en toda ocasión. Porque nada se realiza fuera de Dios, sobre todo en este lugar, si esto es realizado según el temor de Dios para el reposo y el provecho de las almas.

*43. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, para que entregue a Dios todos sus asuntos:*

Si alguien bebe del agua que te he enviado en mis cartas, no tendrá jamás sed (Jn 4,14). En cuanto a ti, debes aguardar en la esperanza por la fe en Cristo. Toma este pan de mi alimento y permanece en calma. No temas nada, sino que recibe por el Espíritu Santo la fuerza y la esperanza. Cree firmemente que la mano de Dios está contigo.

*44. De la parte del pan que le había sido enviado, dio una parte a su servidor, no con su mano, puesto que no era clérigo, sino colocándola, y éste la tomó. Y habiéndolo recibido una segunda y una tercera vez, volvió a repetirlo de la misma forma sin consigna, y no advirtió el pecado. Cuando se vio aliviado de sus pasiones por las plegarias del Anciano, dijo: “Las pasiones se han extinguido en mí”. Después, interrogó al Anciano sobre un pensamiento blasfemo y no recibió respuesta. Como se preguntaba asombrado cuál sería el motivo de este silencio, tuvo, por permiso de Dios, una visión terrible, una primera y una segunda vez, que luego desapareció. Lleno de turbación y de confusión, recordó solamente la falta cometida respecto del pan, puesto que había olvidado lo que había dicho respecto de la extinción de las pasiones. Tomando la capucha que le había sido enviada por el Anciano, se prosternó numerosas veces y rezó para obtener misericordia. Entonces el Anciano le escribió respecto de las dos faltas y asimismo respecto del pensamiento blasfemo. Luego le dijo que colocar las cosas ofrecidas*

frente al servidor para que las tome no es humildad, sino más bien vanidad y frivolidad:

Si alguien sabe que transgrede el precepto, da la prueba de que lo conoce. Pero hablemos lo más sencillamente posible: te he puesto en manos de Dios y te escapas de ellas, mientras que la Escritura dice por boca de Dios que los justos no las evaden (Pr 24,7). ¿Qué piensas de esto? ¿Te lo diré? Y más aún, ha sido dicho: “*Que un lenguaje arrogante no salga de tu boca*” (1 R, 2,3). Y tú has tenido la audacia de abrir la boca en presencia de Dios y decir: “Las pasiones se han extinguido en mí”. Debiste haber dicho: “Las pasiones están en reserva dentro de mí”. He aquí por qué tú has sido un poco abandonado y toda tu miseria ha aparecido. Y si yo fuera para ti un abrigo, pasarías por muchas tribulaciones. Pero ha sido dicho: “*Dios es fiel y no permitirá que sean tentados más allá de sus fuerzas, y junto con la tentación les dará el modo de poder resistirla*” (1 Co 10,13). En cuanto a lo que has hecho inoportunamente, es vanidad que proviene de la propia voluntad. No habiendo recibido la Ordenación, dar a otro una cosa ofrecida como un Arzobispo, no sé cómo calificarlo. ¿Cómo puede ser? ¿No estaba yo en condiciones de enviar a todos unos pequeños presentes en lugar de enviártelos siempre a ti? He aquí un correctivo para tus faltas numerosas y graves. De ahora en más permanece atento para exterminar con vigor a “las ocho naciones extranjeras” (cf. Casiano, *Colación* V,17-19). No te dejes llevar por niñerías, y adquiere firmeza, la que de hecho es simplicidad, porque tú debes haber escuchado a menudo decir: “*Haz todo bajo consejo*” (Pr 24,72). Por toda pasión y por la blasfemia, reza a Dios y Él acudirá en tu auxilio, y las irá echando poco a poco de ti. Sé vigilante en el futuro y conserva estas cosas en tu corazón (Lc 2,51). No es necesario que esto se sepa, pero que pasó, pasó. Jesús estará contigo. Dispensemos el pasado y yo encaminaré los siglos por venir. Amén.

**45.** *Respuesta del Gran Anciano al mismo que había caído gravemente enfermo y, presa de muy alta fiebre, no había comido ni dormido durante largas jornadas; había, por instigación del diablo, vociferado contra el Abad y los hermanos que lo servían:*

Hermano mío, ¿por qué tu corazón se ha debilitado como para hacerte abandonar al Bien Amado y correr tras el enemigo? ¿Has abandonado la voz del Pastor, de Cristo, para seguir a este lobo del diablo! (Jn 10,3-12). ¿Qué has sufrido? ¿Qué has soportado? ¿Qué son esos gritos que el Apóstol considera como malos propósitos cuando dice: “*Que todo grito, toda blasfemia y toda cólera desaparezcan de entre vosotros, así como toda malicia*” (Ef 4,31)? No has sufrido más allá de tus fuerzas, puesto que el Apóstol proclama: “*Dios es fiel, no permitirá que seamos tentados más allá de nuestra fuerza*”, etc. (1 Co

10,13). Despiértate de esta pesadilla de malos pensamientos. Toma el báculo de la cruz y con él ahuyenta a los lobos, es decir, a los demonios. Y acuérdate de decir: “¿Por qué, alma mía, desfalleces y por qué te agitas? Espera en Dios, y volverás a alabarlo, a Él, que es la salvación de mi rostro y mi Dios” (Sal 41,6 y 12). Sé vigilante de ahora en más y no te inflames como un niño estúpido que no tiene razón. Tú, que debes ascender con Cristo a la cruz y ser fijado con clavos y herido por una lanza, ¿por qué te atreves, desdichado, a gritar contra Cristo e injuriar a tus hermanos? ¿Dónde está el “amémonos cordialmente los unos a los otros” (Rm 12,10)? Esto es suficiente, ya que ha sido dicho: “Da ocasión al sabio y él será más sabio aún” (Pr 9,9). Resiste, vive en calma y da gracias por todo, como ha sido dicho: “En todo dad gracias” (1 Ts 15,18), lo que quiere decir, evidentemente, “en las angustias y las tribulaciones” (2 Co 6,4), y en las enfermedades y en los momentos de descanso. Aférrate a Dios y Él permanecerá contigo (Alph. Arsenio 10), y Él te dará la fuerza en su Nombre. A Él la gloria por los siglos. Amén.

*46. Después de ser aliviado y haberse sobrepuesto a esta prueba, el Adversario le sugirió malos sueños a fin de perturbarlo de nuevo. Y no habiéndolo conseguido, le mostró entonces un monasterio y una iglesia, donde un gran número de personas se habían refugiado aparentemente para recibir ayuda. Para ponerlo en guardia el Anciano le escribió:*

¡Gloria a Dios en lo alto de los cielos! (Lc 2,14). Hermano, nuestro enemigo “el diablo, como león rugiente” (1 P 5,8) se prepara para devorarte. Pero la mano de Dios, que nos protege siempre, no se lo permitió. Dándose cuenta de que no le permitiría hacer nada de lo que quería, intentó perturbar tu espíritu y te ha mostrado algunas cosas en sueños vergonzosos. Y como un perverso en su artimaña, viendo que el Señor no permitía que fueras tentado al extremo o aún más allá de tus fuerzas (1 Co 10,13), te ha hecho ver una iglesia y un monasterio como sitios de refugio. Tú, entonces, pon tu corazón a salvo haciendo el signo de la cruz sin perturbarte, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y confío en que Dios nos ayudará a pisar su cabeza (Gn 3,15). Logra un corazón humilde y glorifica a aquel que te salva de la trampa mortal. En efecto, por tu negligencia has sufrido esto.

*47. Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, caído en una lucha provocada por diversos pensamientos extremadamente penosos e incomprensibles en su mayoría:*

Dile al hermano Juan: admiro cómo tu caridad no comprende las cosas. En efecto, viendo tus numerosas tribulaciones, a menudo te he enviado yo mismo pequeños presentes a fin de que obtuvieses de allí la fuerza

según Dios. Pero tú debes meditar incesantemente el salmo 106, a causa de la palabra: “*A su voz sopla un viento de tempestad... las olas subían hasta los cielos y bajaban hasta los abismos*”, y más aún: “*Su alma se hundía por el peso del mal*” (Sal 106,25-26). Esto ha llegado hasta nosotros y debemos resistir sus peligros hasta que entremos en el puerto de su voluntad (Sal 106,30), como ya te lo he escrito. Dios no te ha entregado en manos de tus enemigos: no te entregues tú mismo. Pero aún si lo haces, Dios no te abandonará. Tú quieres verte liberado de tus tribulaciones y no sentirte agobiado por ellas; espera lo peor y te sentirás tranquilo. Acuérdate de Job y de todos los santos que le siguieron, piensa en todas las tribulaciones que soportaron, adquiere su constancia y el Espíritu te consolará. “*Sed valerosos y fuertes*” (Dt 31,6), reza por mí, recordando mis palabras y tu alma será renovada.

**48.** *El Abad (Séridos), habiendo demorado bajo algún pretexto la respuesta anunciada, fue objeto de violentos reproches de su parte, que le produjeron un gran abatimiento. Y algunos hermanos, que habían sido requeridos para servirle a causa de su debilidad, le habían dicho respecto de ciertas cosas hechas en el monasterio que eran vanas e inútiles. En lugar de reprenderlos y corregirlos por sus críticas, dijo que tampoco a él le gustaban. Y el Abad enseguida le manifestó que él había hecho esas cosas también por consejo del Anciano, recibiendo esta respuesta: “El Anciano te deja obrar según tu voluntad”. Por todo esto, el Anciano le dirigió la siguiente respuesta, destacándole que las cosas que parecen no estar bien, son hechas con una sabiduría que sobrepasa nuestra comprensión:*

Nuevamente, después de un tiempo, la caridad nos lleva a golpearte con la vara de Cristo, a fin de que se cumpla en nosotros la palabra de la Escritura: “*Los golpes de un amigo son más dignos de fe*”, etc. (Pr 27,6). Y si te corregimos, no te sientas abatido, recordando además el proverbio que dice: “*Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, y no te desanimas cuando te reprende, pues el Señor corrige a los que ama y castiga a todo aquel que recibe por hijo*” (Pr 3,11-12; Hb 12,5-6). Y aún si yo te reprendiese, tú no ignoras cómo habla el Apóstol: “*Reprende, amenaza y exhorta*” (2 Tm.4,2). ¿Dónde está tu espíritu, torpe? ¿Dónde se pierde tu pensamiento, necio? ¿Por qué los dueños de tu espíritu se oponen en ti a los discípulos del Maestro, a fin de que el Maestro no los tome como montura (Lc 19,33-35) para entrar a Jerusalén, echar del Templo de Dios a los traficantes y mercaderes y confundir a los escribas y a los fariseos (Mt 21,1-16)? ¿Por qué te arrastran a Babilonia, si tú debes vivir en Jerusalén? ¿Por qué renuncias al agua viva de Siloé (Is 8,6) y quieres beber aguas fangosas de Egipto? ¿Por qué te apartas del camino de la humildad, en el que se nos dice: “*¿Quién soy yo? Soy tierra y cenizas*” (Gn 18,27), y quieres caminar por la senda tortuosa, la que está llena de tribulaciones y de peligros? ¿Dónde has arrojado mis palabras, las que te eran diri-

gidas noche y día? ¿Dónde está la meta a la cual, tanto tú como yo tendemos y dónde te ves llegar? ¿Dónde te querría yo, y dónde estás tú, por no haber retenido tu lengua y haberla dejado ir hacia el error? Y cuando das la razón al prójimo, ¿no tienes cuidado en destacar que es preciso ante todo dar la razón a quien según Dios nos protege y da su vida por nosotros? Debemos estarle agradecidos y rogarle a Dios que te proteja de todo mal para nuestro provecho y el de muchos, así como nosotros lo hemos escuchado del santo Apóstol, quien daba gracias a todos aquellos que, decía él, *“han expuesto su vida por mí”* (Rm 16,4). ¿No recuerdas nada de todo esto? ¿Del desprendimiento de todo cuidado, que Dios te concedió por él? ¿Tampoco de la vida retirada de la cual participas en su paz como un rey? ¿Y no es él igualmente quien soporta las cargas de las idas y venidas de nuestros visitantes y nos evita ser molestados? Porque vienen por nosotros y somos nosotros quienes deberíamos tener esta preocupación y no él. Y es así que doy abundantes acciones de gracias a Dios, que nos ha dado un hijo verdadero según nuestro corazón, como Él deseaba. Y en lugar de esto, tú le has dicho neciamente: “Yo me lavo las manos respecto de ti”. Y esto no solamente una vez, sino repetidas veces, sumiendo su alma en una gran tristeza; tú has olvidado las palabras del Apóstol: *“De temer que se vea hundido en una excesiva tristeza”* (2 Co 2,7). Y si no hubiese sido por la mano de Dios y las plegarias de sus Padres, se hubiera destrozado su corazón. ¿Dónde están los preceptos que te dirigía diciéndote: “Llora, guarda duelo, no busques ser tenido en cuenta y no te estimes a ti mismo en nada?”. ¿Acaso he llevado a tu caridad por otro camino? Emigra del mundo, sube, sube a la cruz. Despréndete de la tierra, sacude el polvo de tus pies (Mt 10,14). No tengas en cuenta la infamia (Hb 12,2). No te inflames con el fuego de los Caldeos, por temor a ser consumido con ellos (Dn 3,23) por la cólera de Dios. Considérate inferior a todo hombre, llora a tus muertos (Si 22,11). Quítate la viga (Mt 7,5). Reconstruye tu casa, que está puesta al revés. Grita: *“Ten piedad de mí, hijo de David, a fin de que vea”* (Lc 18,38-41). Aprende que toda boca enmudecerá (Rm 3,19), *“no pronuncies palabras insolentes”* (Ab 1,12), *“cierra tu puerta”* (Is 26,20) al Enemigo. *“Fabricate una balanza y una pesa para tus palabras, y una puerta y un cerrojo para tu boca”* (Si 28,25). Tú sabes bien cómo te hablo. Piensa en las palabras que te son dichas. Procura entenderlas bien y descubrirás los ocultos tesoros divinos y, poniéndolos en práctica, producirán frutos dignos de Dios. Y no deshonres los cabellos blancos de quien reza por ti día y noche (2 Tm 1,3). Que el Señor te conceda pensar y actuar en su temor. Amén.

Y puesto que tú has dicho al Abad: “El Anciano te deja hacer tu propia voluntad”, sería yo entonces quien recibiría el juicio que el Señor ha expresado a través del profeta: *“En verdad te digo, si ves que tu hermano camina por un camino que no es bueno y no le dices que esa vía es mala, a ti te pedirá cuenta de su sangre”* (Ez 3,18). No te burles, mas cree en el Apóstol que

dijo que nosotros rendiremos cuentas por él (*Hb* 13,17). Pero ustedes no comprenden lo que ocurre.

**49.** *Habiendo agradecido al Anciano por esta corrección, le rogó que le escribiera a menudo para salvación de su alma. Igualmente, le pidió que le comunicara al Abad un pensamiento acerca del cual quería consultarlo:*

Hermano Juan, ¿qué es esto? No entiendo, dado que te he escrito del alfa a la omega, del noviciado a la perfección, del comienzo del camino a su fin, del despojarse de las codicias del hombre viejo hasta el revestimiento del hombre nuevo (*Col* 3,10), “creado a imagen de Dios” (*Ef* 4,24), de la condición de extranjero respecto de la tierra visible, a la de ciudadano de los cielos y heredero de la tierra espiritual de las promesas. Reflexiona sobre las cartas y sálvate. Porque en ellas tienes, si las comprendes, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Y teniéndolas en tu cabeza no tendrás necesidad de otro libro. Sacúdete el olvido y despréndete de las tinieblas, a fin de que tu corazón esté en paz con tus sentidos y todas estas cosas llegarán a ti. Que se disipe la humareda de los sacrificios idolátricos de tu Nínive espiritual, y se expandirá en esos lugares el aroma del perfume de la penitencia espiritual, y ésta desviará la cólera amenazante que provocaría su ruina (*Jon* 3,10). ¿Sobre qué te has recostado? ¿Por qué has tomado como almohadas las cartas destinadas a tu salvación, o al menos a la salvación de todos aquellos que se inclinan sobre ellas con fe? Ponle fin de ahora en más a los sueños; despierta de esta pesada somnolencia. Apura el paso. Precipítate en Soar por el temor de que sobrevenga la ruina en cinco ciudades y de que por mirar atrás te conviertas en estatua de sal (*Gn* 19,22-26). Sé prudente como la serpiente (*Mt* 10,16), a fin de que tus enemigos no te confundan. Sé sencillo como las palomas (*Mt* 10,16), para que el espíritu de venganza no te ataque. Sé un verdadero servidor del único Señor (*Mt* 23,10), porque si no, quedarás en manos de un gran número de señores. No te alejes de Él, porque así es como el infiel fue condenado (*1 Co* 7,15). Observa cómo te mantienes en tu celda y pregúntate: “¿Por qué estoy así? ¿Qué provecho he sacado de mi reclusión?” Y Dios, que ama a los hombres, iluminará tu corazón para que comprendas. Mírate ahora libre de toda preocupación terrena. Vigílate a ti mismo y mira dónde estás y lo que ves, y Dios te ayudará en todo, hermano mío.

En cuanto al pensamiento que me pides que transmita a mi hijo, puedo hacerlo, pero si tú no se lo dices de tu propia boca, te separa de la verdadera y perfecta caridad hacia él. Si ustedes no son sino una sola alma y un solo corazón, como dice la Escritura (*Hch* 4,32), nadie debe esconder lo que sea de su corazón. Sé inteligente, ¡oh, corazón pesado! ¡Que el Señor te perdone!

**50.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que le había pregun-*

*tado si no debía conversar con nadie al comienzo de la Semana Santa:*

Tras las festividades de Pascua, pasa en retiro cinco días por semana, y los otros dos días puedes ver a tus hermanos si es necesario. Y luego te diré lo que deberás hacer. Pero despréndete tanto como puedas de toda preocupación. Porque Dios provee a cada hombre según su conveniencia, ya sea penetrando su corazón por la compunción, ya sea estimulándola en alguna otra cosa que sea de su provecho.

**51.** *Tras las festividades, habiendo llegado un obispo con el deseo de verlo, y, por otra parte, algunos novicios querían interrogarlo sobre sus pensamientos, él mismo había enviado a consultar al Gran Anciano respecto de estos temas.*

Respuesta de Barsanufio:

Tú sabes que jamás hemos impuesto lazos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Y puesto que te he dicho que te mantengas en soledad cinco días y luego conversaras con otros los restantes dos días, no te preocupes por esto. Y cuando te digo de conversar con otros, no te preocupes de lo que dirás ni de cómo lo harás, pues Cristo ha dicho: *“Es el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en ustedes”* (Mt 10,20). En fin, respecto de los hermanos de los que hablas, si es necesario no los rechaces, y Dios vendrá en tu ayuda. Amén.

**52.** *Respuesta del mismo Gran Anciano al mismo, que le hablaba de la convulsión del mundo:*

Hermano: *“mientras estamos a tiempo”* (Ga 6,10), cuidémonos a nosotros mismos porque el mundo entero está conmocionado, y ejercitémonos en el silencio. Si quieres llegar al reposo absoluto, muere a lo humano y lo tendrás. En cuanto a los pensamientos y todo otro asunto, actividad o preocupación, pon bien en tu cabeza lo que te digo de permanecer en el retiro.

**53.** *Después de esta respuesta, él se esforzó en suprimir completamente las conversaciones. Un hermano, muy afligido por ello, le suplicó poder conversar con él en caso de necesidad y por compasión él se lo prometió. Después le preguntó respecto de una capa que le había sido enviada por un hermano, preguntándole si debía aceptarla.*

Respuesta de Barsanufio:

Hermano, te he enviado una consigna: Permanece sin preocupaciones, cuídate a ti mismo; *“la cosecha es abundante”* (Mt 9,37). No la abandones por ir a recoger las espigas detrás de los cosechadores (Si 33,16). Deja todo y dedícate a recoger tus frutos en trigo, vino y aceite para que tu corazón sea fortalecido y sea dichoso en el Señor (Sal 4,7; 1 R 2,2). Medita las cartas que te

he escrito, pues ellas no son vanas. En cuanto a la capa, si el hermano quiere dártela de todo corazón, acéptala considerándote indigno de ella.

*54. Un hermano que sostenía un duro combate y que se avergonzaba de confiárselo al abad le pidió al abad Juan que lo recibiera por su cuenta y escuchara su pensamiento. Éste último se afligió por dos motivos; por una parte no quería recibirlo sin permiso, para no escandalizar a los otros; por otra parte, no quería tampoco apenar al hermano. No sabiendo qué hacer, consultó en espíritu al mismo Gran Anciano si debía cerrar su puerta:*

Di al hermano: ¿Quién es tan insensato como para elegir la forma más penosa y dolorosa en lugar de la más liviana y llevadera en la humildad y la oración? No cierres tu puerta porque la mortificación no consiste en cerrar la puerta sino en cerrar la boca. Te abrazo con “*el ósculo santo*” (Rm 16,16).